la cima de una roca, pero más baja que la de Monte Delfin: la magnífica torre de su catedral se distingue desde una larga distancia. Embrun fué ciudad romana en los primeros dias del imperio, y Adriano la constituyó en metrópoli de los Alpes marítimos. San Marcelino la convirtió al cristianismo, y segun dice la leyenda, por su intercesion se libró de ser saqueada por los vándalos un siglo despues; pero más tarde sufrió el pillaje de lombardos y sarracenos, que la conservaron catorce años en su poder. En el siglo XIII y el siguiente, sus habitantes se distinguieron por su ardiente celo ortodoxo; pero nunca han prosperado; áun hoy dia, la poblacion sólo cuenta 3,000 almas.

Salvo algunas antigüedades y una curiosa torre maciza, llamada *Torre Brune*, que segun se dice cuenta una remota antigüedad, la catedral es el único edificio importante de Embrun, particularmente por su precioso pórtico, muy digno de estudio como tipo y dibujo raro.

El viajero que desea volver al valle del Ródano desde el Durance y quiere seguir el rio hasta su confluencia, debe hacer un gran rodeo á través de las montañas bajas del sur, y pasando por Gap dirigirse á Valence ó seguir un camino que le conducirá al oeste de Orange por Serres. Este es un punto muy pintoresco, como otros muchos de las ciudades de Provenza, y ocupa la cumbre de una colina pedregosa. Serres fué una ciudad famosa en la Edad media, y data de una remota antigüedad; mas ahora se halla en el período de su decadencia: lo más notable que tiene es su iglesia y el castillo de Lesdiguieres. Los alrededores, magníficos, tienen algo de la grandiosidad del Delfinado sin su aspecto salvaje.

Nápoles visto desde Ischia

NÁPOLES

I

Hay un proverbio que dice: «Ver Nápoles y morir.» ¿En qué sentido debe entenderse esto? Los naturales dirán sin duda que con su ciudad se alcanzó el más alto grado de la belleza, y que todas las demás no son sino el recuerdo de mejores cosas; pero el viajero que la visite detenidamente y haya sentido los efectos de su insalubridad, tal vez no se inclinará á ensalzarla de tal manera. Si hemos de hablar francamente, ese proverbio no se confirma en cuanto á la localidad, y el que espere enmudecer de asombro al visitarla podria muy bien quedar desengañado desde el primer dia.

Sin embargo, aunque Nápoles no sea la más hermosa ciudad del mundo, su posicion es por todos estilos notable, y el aspecto de la bahía magnífico, sobre todo cuando se ve desde el mar: por algunos conceptos, hasta podríamos decir que es único. En el centro de esta bahía, ascendiendo casi desde la orilla del agua, el cono volcánico del Vesubio elévase á la altura de unos cuatro mil piés, divisándose detrás en lontananza las soberbias cimas de los Apeninos, que por el sur se van prolongando en semicírculo, hasta que sus altas estribaciones sólo quedan separadas de la base del Vesubio por un espacio de unas cuatro ó cinco millas de país llano; despues se extienden formando una cordillera interrumpida y muy elevada, que constituye el límite sur de la bahía. La continuacion de esta línea de montañas es una isla pedregosa, separada del continente por un estrecho muy pintoresco: es la isla de Capri, nombre bien conocido en los primitivos dias del imperio romano.

Al oeste del Vesubio el paisaje cambia de aspecto: un grupo de colinas, en cuyas estribaciones se halla situada parte de la ciudad de Nápoles, se prolonga en el espacio de algunas millas á lo largo de la costa, pero su aspecto es del todo distinto del que ofrecen las otras de

que hemos hablado, pues forman largas cordilleras onduladas de conos aplanados. Esta region termina en un promontorio, y más allá surgen del mar dos islas, una pequeña y baja, y la otra más extensa, de contorno casi montañoso.

Todo este último grupo de colinas es de orígen volcánico, lo mismo que el Vesubio: son los antiguos y famosos campos Flegreos, pero en comparacion con el Vesubio, los conos son bajos y los cráteres anchos; de modo que, bien estén completos ó ruinosos, su contorno es del todo diferente del de la montaña central, tanto como del de las cimas redondeadas de la cordillera que se corre al sur.

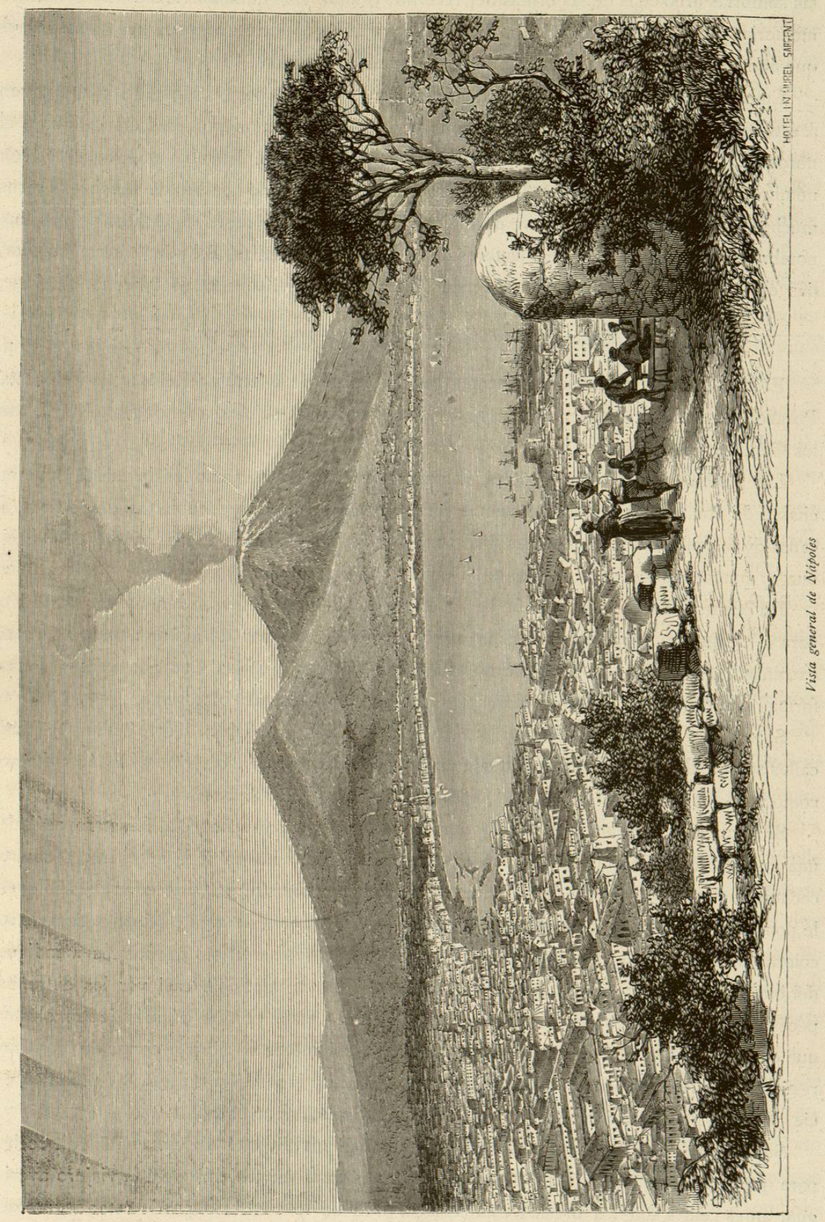
En el lado oriental de esta region volcánica hállase situada Nápoles, coronando la cordillera y las pendientes que se prolongan hácia el mar; desde el límite sur de la ciudad una línea casi continuada de pueblos se extiende á lo largo de la costa ondulada en el espacio de unas cinco millas, entre la base del Vesubio y el mar. Aquí se hallan Portici, Resina (mejor conocida con el nombre de Herculano), y Torre del Greco, puntos hartas veces citados por la relacion que han tenido con las erupciones del Vesubio.

Nápoles no es en sí una ciudad pintoresca. El castillo de San Telmo, que corona la colina en que se agrupa la parte principal de la ciudad, dominándola y protegiéndola, es verdaderamente notable bajo todos los puntos de vista; miéntras que el Castillo del Huevo, antigua fortaleza que surge del mar y defiende el puerto, no carece de cierta grandiosidad; pero las casas son generalmente de estilo monótono y su aspecto exterior no ofrece ningun interés, reduciéndose á moles oblongas de mampostería, con tejados casi planos y sólo algunas torrecillas ó cúpulas que se elevan sobre el nivel general. Ciertamente hay algunas pocas construcciones que comunican á la localidad un ligero carácter oriental, pero los más de los edificios interesan tan poco como los de una ciudad francesa ó inglesa.

El conjunto de esta parte de la costa es verdaderamente magnífico; pero el gran encanto de Nápoles es sin disputa el Vesubio. Las palabras no bastan para dar una idea de la admiracion que se experimenta al contemplar aquella inmensa mole con sus pendientes alfombradas de jardines, campos y viñedos, sobre los cuales se destaca el círculo gris de las rocas del Somma, que en parte circuye el más alto cono de cenizas volcánicas, de cuya cúspide brota una columna de vapor, que semejante á una densa nube extiéndese lentamente por los aires.

Bajo la sombra proyectada por las rocas del Somma, y desde las pendientes inferiores del cono, algunas manchas oscuras parecen haber invadido los flancos de la montaña, extendiéndose entre la verde alfombra como arroyos de color de púrpura: son los torrentes de lava que más de una vez llevaron la muerte y la desolacion á los habitantes de Herculano y de la Torre del Greco, cuando la roca en fusion inundó sus viñedos y jardines, invadiendo hasta las calles de esas ciudades.

Por moderno que sea el aspecto de Nápoles, en sus alrededores hay bastantes reliquias de los tiempos clásicos; y en sus costas se hallan tambien recuerdos de más antiguas épocas. En el remoto pasado, segun la leyenda, existió aquí el país de los dioses, de los gigantes y sirenas; aquí llegó errante el jefe de Itaca para interrogar á las sombras de los muertos en



Vista general de Nápoles

las sombrías arboledas de las orillas del Averno; y aquí vino tambien Eneas, de «piadosa» memoria, para visitar á la Sibila de Cumas. La narracion de este viaje está llena de nombres que áun se conservan en la costa, y que encontramos en Ovidio.

Cuando Roma luchaba por la existencia contra otros pequeños Estados de Italia, llegaron á ésta varios colonos griegos, que fijaron su primer establecimiento en Cumas, situada al noroeste. Nápoles *(Neapolis)*, así como Parténope, segun se llamaba antiguamente, son nombres griegos, lo mismo que Averno, Prócida, Cráter (antiguo nombre de la bahía) y otros muchos. El promontorio que se ve más léjos, por la parte del oeste, es el cabo de Mesina. nombre muy familiar á todos los lectores de la *Eneida*. Las cenizas del poeta fueron sepultadas en el cabo que se halla al oeste de la ciudad, segun lo recuerda la conocida frase:

Mantua me genuit, Calabri rapuere, tenet nunc Parthenope.

El lago Lucrino recuerda los placeres gastronómicos de la antigua Roma; y la inmediata Pozzuoli despierta otro órden de ideas muy distintas, porque se piensa en el gran Apóstol de los Gentiles, San Pablo.

Las principales calles de Nápoles son anchas y espaciosas, como las de cualquiera otra ciudad de Italia, pero tienen las aceras muy estrechas, y siempre cubiertas de sombra, á causa de la gran altura de las casas, que por tal concepto podrian rivalizar con las de Edimburgo, aunque sus pequeños balcones las comunican un aspecto muy diferente.

En cuanto á las tiendas, aunque de aspecto algo tosco, no dejan de tener cierto atractivo para el extranjero, sobre todo aquellas en que se venden objetos de alfarería, cuyas formas extrañas llaman la atencion del que no está acostumbrado á verlas. Los que venden frutas forman con éstas caprichosos grupos, que ofrecen el conjunto más pintoresco.

Si no fuera por el carácter del pueblo, y por los desagradables olores que en muchas calles se perciben, seria verdaderamente un recreo pasear por Nápoles; pero así lo primero como lo segundo molesta mucho al viajero y pone á prueba su paciencia.

Si se quiere ir á recorrer el Chiaia, por ejemplo, apénas se reconoce al forastero, asáltale una multitud de vagabundos, que acuden presurosos como moscas á la miel; tres ó cuatro cocheros se acercan por otra parte gritando descompasadamente; un vendedor de bastones le pone delante de la cara su mercancía; dos ó tres vendedores de corales, lava y conchas se colocan á su lado; uno ó dos guías ofrecen con instancia sus servicios, y todos los mendigos del barrio acuden para pedir una limosna. De este modo es imposible casi ver los extraños peces y conchas, y otros tesoros que se ostentan en el Chiaia, porque, además de la molestia que causa la multitud, se corre el peligro de verse robado en un abrir y cerrar de ojos. En resúmen, por lo que hace á suciedad, mendigos, engaños, indecencia y raterías de toda especie, Nápoles podria apostárselas con la ciudad europea más pervertida.

Supongamos ahora que para librarse de la enojosa multitud el viajero alquila un coche para que le conduzca á un punto dado: entónces será muy conveniente para el viajero averiguar ántes cuáles son los precios establecidos, pues de lo contrario, puede estar seguro de que el automedonte le pedirá cuando ménos cuatro veces más del valor.

Avanzando por el ancho Chiaia, cerca del mar, y despues de pasar por el Acuario, que es verdaderamente uno de los mejores de Europa, no se tarda en llegar al arrabal de la Mergelina, que es tal vez la parte más pintoresca de Nápoles. Desde la encantadora playa la mirada se deleita ante la hermosa perspectiva en cuyo último término aparecen el Vesubio y el Somma, blanqueados por la nieve, y elevándose sobre el Castel dell'Ovo y la cordillera que baja de San Telmo: sobre la arena hállanse esparcidos algunos de los ligeros botes napolitanos, que recuerdan los de siglos atrás, y un grupo de pilletes de la ciudad con sus gorros encarnados y su aspecto andrajoso. Difícil seria encontrar en toda Europa muchachos más ignorantes y bribonzuelos que estos pilletes de Nápoles.

Se puede salir de Nápoles por la llamada gruta de Posilipo, un largo túnel que atraviesa el promontorio de la Mergelina: seguramente ha existido desde los dias de Neron, y probablemente desde los de Augusto, aunque se ha ensanchado mucho desde entónces. La entrada oriental de la gruta, en la que se disfruta de una deleitosa frescura, tiene más de ochenta piés de altura. En un viñedo que hay sobre la roca hállase la llamada tumba de Virgilio: no puede dudarse que es una tumba, pues á primera vista se reconoce como tal, pero es preciso saber si verdaderamente es la del poeta, aunque tambien se sabe por la historia que Virgilio vivió en efecto en este promontorio y que aquí fué enterrado. En Brindis hay tambien un edificio designado con el nombre de «Casa de Virgilio,» mas seria muy difícil determinar si la tradicion se funda en algo positivo.

Al salir del túnel, un estrecho sendero, algo triste, pero desde el cual se divisan en lontananza magníficos paisajes, conduce á Pozzuoli: difícil seria encontrar una ciudad más pintoresca; sus altas casas se agrupan irregularmente en un promontorio pedregoso. Es difícil formarse idea, ni áun por medio del grabado, del efecto de los diversos tintes que embellecen el todo. Aunque muy maltratada, la ciudad de Pozzuoli era en otra época uno de los principales puertos del imperio romano; los enormes fragmentos de mampostería que hoy se ven al pié, y que parecen arrecifes, son los restos de su antiguo muelle, designados equivocadamente con el nombre de Muelle de Calígula. No faltan otros vestigios de la primitiva grandeza de Pozzuoli, pues las ruinas romanas abundan cerca de la ciudad: detrás de ella hay un magnífico anfiteatro, y un poco hácia el oeste el llamado templo de Serapis, rodeado de un terreno digno de estudio para el geólogo. Hace ya unos catorce siglos que este suntuoso edificio comenzó á derrumbarse, y desde entónces, los tres enormes pilares de mármol que áun se conservan se han hundido á una profundidad de veinte piés bajo el mar, segun lo demuestran los moluscos que cubren la superficie de la piedra: probablemente estaba ya debajo del agua hácia el año 1500, y segun aseguran, cada vez se hunde más.

Desde Pozzuoli todo el camino que se recorre es por demás interesante: primeramente se encuentra Monte Nuovo, cono volcánico que se formó casi en un dia en el siglo XVI; muy cerca se halla el lago Lucrino, famoso por sus ostras desde remotas épocas, pero cuyas dimensiones han quedado muy reducidas; más léjos se ve el lago Averno, que llenando un antiguo cráter, presenta una brillante superficie iluminada por los rayos del sol, rodeándole sombríos bosques; y luégo se llega á las ruinas de Bahía, convertida ahora en una mole informe de